

cia de una patria que no le socorre, que por el contrario ve gustosa sus desastres, permanece largos años en el territorio enemigo, despues de haber llegado á él al traves de indecibles peligros y de una obstinada resistencia; halla medio de que sus tropas vivan sin disgustar á los pueblos ni excitar en ellas las murmuraciones inseparables de toda empresa larga y de éxito dudoso, mayormente tratándose de hombres cuya única patria es la tienda de campaña, y que al lanzarse á la pelea no llevan mas objeto que la paga ó el botín. Derrota ó deja burlados á los mas insignes generales que le oponen Roma; sin embargo, comprendiendo de lo que es capaz el patriotismo, no se atreve á atacar la ciudad eterna: despues, cuando Cartago le llama en su defensa, conoce que las condiciones han cambiado, y sin que le deslumbren sus pasados triunfos, pide la paz antes de la batalla de Zama. A pesar de ser vencido, medita nuevas empresas, tan vastas como los confines de las conquistas de Roma, la cual no se cree segura hasta reducirle vilmente á poner fin á su vida.

Otro enemigo terrible de Roma fué Mitrídates, que resistió por espacio de cuarenta años á los mas ilustres generales de la República, y que meditaba un plan de guerra extensísimo, el cual consistía en adelantarse desde las orillas del Bósforo arrastrando en su marcha á las naciones bárbaras y semibárbaras contra aquella grande enemiga.

En las escuelas nos han acostumbrado á admirar los méritos de los generales romanos; á Fabio que conserva, á los Escipiones que conquistan; los ímpetus de Sila, la ferocidad de Mario, la intrépida obstinacion de Sertorio, la asiduidad de Lúculo, la fortuna de Pompeyo. Á todos los sobrepújó César, que llevó la guerra á los climas mas diversos, y descubrió nuevas naciones que fueron otras tantas nuevas guirnalda con que adornó á su patria. Aunque puede decirse que le valió contra los Galos y los Britanos la superioridad que la educacion tiene siempre respecto del ímpetu desordenado, despues se encontró frente á frente de las águilas latinas, contando por enemigos á los principales entre los Romanos; y sin embargo, conservó fiel y hasta esclavo de su voluntad al ejército, y venció constantemente.

Aquí empieza la decadencia del valor romano: los emperadores en persona, y luego sus generales, condujeron las águilas á la victoria; pero no se puede entresacar uno que merezca ser propuesto como modelo de grandes generales. Solo Belisario esparce una luz brillantísima, aunque embarazado en su marcha por la escasez de los medios que le suministraban y por los caprichos de una corte intrigante.

Con los Bárbaros tornó el valor inculto y rudo; y ni aun las Cruzadas, acciones de ímpetu mas bien que de cálculo, nos presentan ejemplo de un gran general. Gengiskan y Tamerlan brillan como rayos, antes destruyendo que ven-

ciendo; pero sus campañas eran determinadas la una por la otra, y no obraban en virtud de un plan vasto ni con arreglo á una calculada estrategia; además, les faltaba á ambos la primera dote de un general; la de aborrar, lo mas que se pueda, padecimientos á los suyos y exterminio al enemigo.

Entre los capitanes aventureros los hubo excelentes, sobre todo en Italia; pero tácticos mas bien que estratégicos, y cuanto permitia la indole de sus escuadrones reunidos por dinero, con armas varias, y sin el estímulo de los sentimientos nobles. Pasamos por alto algunos que dirigieron guerras parciales, para mencionar á Gustavo Adolfo, el cual puso en práctica las grandiosas teorías que habia meditado, encaminó los ejércitos á la reforma, y emprendió una invasion mejor combinada que las de los Ingleses en Francia.

Siguieron insigne mente sus huellas Turenna, Montecúculi y Cromwell, genio solitario, que logró efectuar con el ejército la revolucion de Inglaterra, siendo amado y temido, dando importancia á las fuerzas marítimas, y mostrando grande habilidad en vencer á los Escoceses, tan superiores á él en número.

Tienen algo de novelescas las empresas de Carlos XII, y deslumbran hasta el punto de llegar á creerle un gran capitán; pero á poco que se medite, se encuentran demasiadas razones para censurarle. No merece el dictado de buen capitán el hombre que con su temeridad expuso al ejército y su persona, aun cuando la fortuna sonriese á sus audaces tentativas. Pedro el Grande le superó con mucho, aprovechándose de las derrotas para mejor prepararse, aguardando lentamente la ocasion y no dejándola escapar, como hizo en la batalla de Pultava; escuela para el débil, obligado á luchar con un enemigo mas fuerte.

Federico II abrió una nueva era, valiéndose de las reflexiones de todos los que le habian precedido y de las mejoras verificadas en las armas; y en un país que debía su ser á la fuerza militar únicamente, introdujo órdenes de batalla que lo elevaron á la categoría de vencedor y émulo del imperio germánico.

Las glorias de los grandes generales de la Revolucion francesa están, no diré eclipsadas, pero sí compendiadas en Napoleon. « La primera cualidad de un general en jefe (decia él en su destierro) es tener una mente fría, que reciba una exacta impresion de los objetos: no debe dejarse deslumbrar por una fausta ó por una mala noticia: las sensaciones que reciba sucesiva ó simultáneamente en el curso de un dia, deben clasificarse en su memoria de manera que solo ocupen allí el lugar que les corresponde; porque la razon y el juicio son el resultado de la comparacion de muchas sensaciones tomadas en igual consideracion. Existen hombres que por su constitucion física y moral exageran la importancia de todas las cosas; pues bien, cualesquiera que sean por otra parte

sus conocimientos, la agudeza de su ingenio, su valor ú otra buena cualidad, la naturaleza no les ha llamado al mando de los ejércitos ni á la direccion de las grandes operaciones de la guerra (1). » Así se expresa el gran general; y sin embargo, acerca de su mérito no es todavía seguro el juicio, quizá porque aun no han enmudecido las pasiones.

Las primeras victorias de la Revolucion fueron debidas al ímpetu mas que á los cálculos; pero la campaña de Italia fué perfectamente calculada y ejecutada, teniendo en cuenta las simpatías de los pueblos; y aquí se demostró por dos veces, así como á las orillas del Nilo, que los ejércitos menores pueden vencer á los mayores. Cuando Napoleon llegó á ser emperador, tenia á su disposicion ejércitos innumerables y tantas bocas de cañon como nadie; por lo que se deben á las masas sus mas célebres victorias, aunque no las mas admirables. Resta observar si hizo su ejército superior á los enemigos por su organizacion militar, por su administracion y por su instruccion; si se hizo amar de los aliados; si evitó molestias á los pueblos y soldados; si unió á su fortuna á los reyes que colocaba en los tronos como puntos estratégicos; si supo disponer de las fuerzas de Europa cuando la tuvo bajo su poder. La guerra de España fué no solamente un atentado, sino una falta de prevision y de cálculo. En la de Rusia sacrificó á la impaciencia de vencer la necesidad de buscar recursos. Despues al caer apareció como un gigante; y la campaña de 1813 y 14 es uno de los mas insignes monumentos del arte de la guerra. Pero no sabia esperar ni defenderse, y con cuatrocientos mil hombres se dejó debilitar y vencer por ejércitos, aunque numerosos, que no estaban mandados por una sola cabeza ni por grandes capitanes. Entonces pudo recobrar su gloria defendiendo á Francia; pero no era para él la guerra de defensa, porque estaba acostumbrado á los peligros de la guerra ofensiva. Al salir de la isla de Elba, voló de una manera prodigiosa á Paris, pero al recobrar el manto imperial tomó de nuevo los errores civiles y militares que le habian hecho caer la otra vez; quiso lanzarse á los ataques, y sucumbió en Waterloo.

Se puede ser gran general siendo vencido siempre como Guillermo III de Orange; y hay retiradas mas famosas que las victorias. Cuando Napoleon queria obligar á La Fayette á que discurriese acerca de las batallas de la guerra de la independencia americana, este lo evitaba diciendo: *Señor, son escaramuzas de vanguardia que han decidido de la libertad de un mundo.*

Y ciertamente los brillantes ataques, las vastas conquistas con ejércitos bien organizados, producen grande admiracion; pero el saber conformarse con circunstancias en extremo apuradas; manifestar virtudes correspondientes á

las necesidades; crear un ejército debajo del cañon enemigo; arreglar las operaciones al grado de sus escasos conocimientos militares; sostener la guerra defensiva en su propio país; no espantarse de la dificultad de mandar á sus hermanos oscilantes y discordes, nada dispuestos á sufrir la escasez y las privaciones ni los inconvenientes de los gobiernos locales desunidos; creer firmemente en su propia opinion y obrar resueltamente segun sus convicciones; conservarse firme en medio de los gritos de la envidia, de la malevolencia, de la ignorancia y del patriotismo; sufrir con calma las tachas de pusilánime, de vil y de traidor, esperando que llegue la época de conveacer con los hechos: estos son méritos reservados á la admiracion del filósofo, y nos hacen no ménos meritoria que querida la memoria de Washington (1).

§ 35. LA EDAD MÉDIA.

Dieron la victoria á algunos Bárbaros, como los Hunos de Atila sobre los nada aguerridos soldados y los ciudadanos inermes, su ímpetu y su robustez. En otro tiempo los invasores se habian introducido en las legiones de los Romanos, de quienes habian aprendido la disciplina antes de aborrecer la fatiga y las armas; de este modo adquirieron superioridad y derrotaron las águilas romanas.

No podemos saber cuál era el órden particular en las batallas de aquellos pueblos. La fuerza de los Germanos consistia en la infantería; tenían pocas armas defensivas y combatian apiñados para rechazar la caballería imperial. Sus jefes á la vez que intentaban restablecer algunas cosas de la administracion romana, trataban de hacerlo tambien con los órdenes de la milicia.

En tiempo de los Godos en Italia, como bajo la dominacion de todos los Bárbaros, solo los vencedores podian llevar armas; los Romanos no se ofendian por esto, porque estaban acostumbrados á encargar su defensa á los extranjeros: cuando Belisario fué á libertarlos, fueron muy pocas las tropas que recogió en Italia. Á las legiones de los Romanos y á los mercenarios auxiliares sucedió una milicia compuesta de propietarios, es decir, de Godos que habian llegado á serlo, la cual formó el lazo entre la romana y la feudal. Aquellos soldados vivian del producto de sus tierras, á lo ménos cuando no hacian servicio activo, esto es, en marcha, haciendo la guardia al rey, en las fronteras, en los ejercicios ó en la guerra; pero pagaban tributo como los Romanos. Los feudales al contrario no tenían ninguna carga, pero tenían que ir sin paga.

Los Godos se armaban á su costa, y el que no podia, era equipado por el Estado. El prefecto del pretorio estaba encargado de proveer al

(1) Sobre los méritos de Napoleon como caudillo, véase la conclusion de la obra de Thiers, *Le consulat et l'Empire.*

ejército. Teodorico defendió las fronteras construyendo fortalezas y presidios y haciendo que las habitasen los Godos y los Romanos. Los reyes, jefes del ejército, exhortaban a los soldados a ejercitarse con frecuencia en tiempo de paz en el manejo de las armas, y lo hacían con gusto porque no les gustaba el circo. Entre ellos casi nunca encontramos auxiliares. Sus armas ofensivas eran la lanza, la espada, el venablo, el puñal y las flechas; pero los caballeros no tenían estas últimas, lo cual fué perjudicial en la guerra griega. Las defensivas eran el yelmo, el escudo y la armadura. Sabían fortificar plazas y conocían las máquinas de batirlas; pero en esto fueron inferiores a los Griegos. Todos tenían obligación de dar alojamiento.

Teodorico creó una marina de mil naves de guerra llamadas *dromones*, siendo así que al entrar en Italia no tenía ninguna. Eran galeras (1) y pequeñas naves construidas a las orillas de los ríos; pero que podían servir para alta mar y para transportar granos a la guerra. Sus sucesores las dejaron destruirse, y de ello les resultó gran mal, por lo cual Totila formó otra escuadra nueva, con cuyo objeto mandó cortar los árboles de las orillas de los ríos, pagándoseles sin embargo a los propietarios. Mandó también que se comprasen ó se tomasen a sueldo los hombres para el servicio, si eran siervos, de los particulares, y si libres, que se les diese el estipendio de cinco sueldos. Estos, no obstante, no formaban más que la chusma, al paso que los Godos eran los soldados, como antes los Griegos y Turcos (2).

La guerra entre los Godos y Belisario y Narsés presenta por ambas partes gran habilidad estratégica y táctica; pero los escritores emplean las palabras técnicas latinas para significar cosas que han cambiado enteramente, y esto aumenta la dificultad de averiguar la verdad.

Al describir Jornandes la batalla dada por los Gepidos a los hijos de Atila, nos manifiesta las diversas maneras que los Bárbaros tenían de combatir. Los Godos y los Vándalos eran hábiles en el manejo de la espada; los Hunos eran arqueros temibles; buenos infantes los Suevos; los Alanos soldados pesados, y ligeros los Héruulos. La caballería de los Godos solo tenía espada corta y lanza, de modo que siempre combatía de cerca, a lo cual atribuía Belisario en gran parte sus victorias (3); sus arqueros iban a pie y eran poco expertos. Según Procopio, parece que en la batalla dada entre Basilio y Genserico se hizo uso de naves incendiarias que se dejaba las llevase el viento en medio de las enemigas mientras estaban ardiendo.

Destruído que fué el imperio, los pueblos se sostuvieron en cualquier lugar sirviéndose de

(1) « Galeras que presentan solo los remos y ocultan cuidadosamente la cara de los hombres. » CASIOD., Var. V, 17.
(2) El mismo, ibid. 16, 20; SARTORIO, cap. V.
(3) PROCOPIO. *De bello vandali*, I; *De bello got.*, I.

las posiciones montañosas ó mas bien de las marítimas, pues los Bárbaros no conocían la marina; y los muros construidos por los Romanos sirvieron de defensa a los nuevos señores. En los primeros tiempos de la edad media (dice Blanch, pág. 26), el imperio griego, que conservaba las formas y la tradición de la civilización griega y romana, no perfeccionó sus métodos porque le faltaba el genio en literatura, en legislación y en filosofía; y sin embargo, estaba apegado a las formas desnudas. Lo mismo sucedió en el arte militar; la infantería, que era una lánguida imitación de la de las legiones, solo tenía un orden mixto, tomado de la falange y de la legión que no producía ninguno de los grandes efectos de los dos métodos, uno fundado en su peso y otro en su flexibilidad. La decadencia de los hombres se deja ver en la dificultad de conservar sus armas defensivas y en el estado en que estaba la caballería que no podía igualar a la de los Persas ni a la de los Bárbaros, así como en el número de las máquinas que debían suplir al valor de las tropas. El fuego griego fué el único medio que emplearon contra el valor de los Sarracenos y de los Francos.

Los Sarracenos presentan un espectáculo opuesto al de los Griegos, pues su mayor poder estaba en el valor físico, en el entusiasmo de los hombres, en su agilidad individual para manejar las armas arrojadas y herir de cerca, y en la facilidad con que guiaban los caballos. La parte más débil eran los órdenes de batalla, que, según los historiadores contemporáneos, pueden reducirse a un paralelogramo de dos líneas sólidas de gran fondo, y una de arqueros y otra de caballería, que debían principiar y concluir el combate, empleando sucesivamente la primera y la segunda línea. Como eran inferiores a los Griegos respecto de los órdenes y del mecanismo, aunque superiores como individuos, eran inútiles sus ataques, pues no podían ordenarse de nuevo y volver a la lucha. En todo lo que tenía relación con los asedios ó con las máquinas correspondientes, les llevaban ventaja los Griegos por su estado de civilización; pero tenían el talento de imitar con destreza lo que no podían crear por principios.

Los Francos, como representantes principales de los pueblos bárbaros, formaron una sociedad enteramente guerrera, cuya vida civil estaba sometida al fin militar, y de aquí resultaba que los hombres tenían una gran intrepidez y que la inclinación y la costumbre les incitaban a la guerra. Sus armas estaban reducidas a la *francisca*, a una larga espada y a un pesado escudo, y como no usaban lanzas ni armas arrojadas, no podían combatir separadamente ni en masa, y además carecían de todas las ventajas de un orden táctico; defecto que contrabalanceaba el poder superior de sus cualidades individuales. Tenían apenas caballería y esta era otra desventaja para las batallas y para sus resultados. La falta de máquinas de sitio

era una consecuencia del estado de imperfección en que se hallaba el arte. Entre los Bárbaros, los Godos eran los más adelantados en la disposición de las tropas; su armamento era más completo, sus órdenes más regulares, y se hallaban más provistos de máquinas. Los Vándalos, los Borgoñones y los Longobardos ocupaban un puesto intermedio en la escala de la civilización relativa. La misma proporción en el arte militar se observa entre los Francos y los Godos, los unos los más toscos y los otros los más civilizados de los Bárbaros. Los Hunos, que no tuvieron morada fija en el centro de Europa, sino que hicieron solo incursiones por él, combatían a caballo de distinta manera que los demás Bárbaros.

Los Griegos después de las victorias de Belisario y de Narsés (que fueron la última gloria de las legiones romanas a pesar de los vicios que en ellas se habían introducido) perdieron por su decadencia moral é intelectual todas las ventajas que les daban el mecanismo, las prácticas y las tradiciones que habían heredado de la nación de que descendían. Es un fenómeno curioso ver que coinciden cronológicamente las últimas victorias de Justiniano con la abolición de las escuelas de Atenas decretada por este príncipe. Los Árabes en su prosperidad, en la extensión inmensa de sus conquistas y en su imperfecta civilización, hallaron aquella decadencia que hemos señalado en las naciones bárbaras y del Bajo Imperio; pero con más lentitud que los demás, por lo cual primero superaron a los Europeos, luego se hallaron a su misma altura, y por fin la civilización progresiva de estos últimos decidió su superioridad.

En el sistema introducido por los conquistadores, estaba reservado a ellos solamente el honor de hacer la guerra, y esto llevaba consigo la plenitud de los derechos civiles. Cada jefe de compañía al llamamiento, ó eriban, reunía sus subordinados y los conducía a la empresa que se había decretado en la asamblea de los jefes.

Entre los Longobardos (570-756), y lo mismo sucedía entre los demás pueblos alemanes, todo hombre libre estaba obligado a tomar las armas, y los duques ó gastaldos debían conducir al ejército a sus dependientes, pudiendo dejar en sus casas a seis de los que tuviesen caballo con el fin de servirse de estos caballos para los transportes, y diez de baja condición para que se dedicasen tres días a la semana a labrar las tierras del señor. El puesto de los duques y gastaldos fué ocupado por los condes entre los Francos, y capitaneaban a sus vasallos llevándolos al ejército; los hombres de la Iglesia eran mandados por los abogados, y los demás por los centenarios.

La ley longobarda disponía que los soldados estuviesen cubiertos de armaduras pesadas, casco, collar, coraza, botines de hierro, escudo ancho, y que combatiesen con lanza, espada, estoque y hacha, la cual dejó más tarde la

caballería. En la capitular del año de 813, §. 9, se manda que el peon tenga lanza, escudo, arco con dos cuerdas para remudar y doce flechas.

Carlo Magno dice en otra capitular: « *Segun la antigua costumbre*, hemos mandado que se publique el eriban y se observe la manera establecida de prepararse para ir a campaña: es decir, que todos se provean de víveres en su provincia para tres meses, y de armas y vestidos para medio año; así, pues, los que viven entre el Rhin y el Loira deben principiar a contar los tres meses desde el momento de su llegada al Rhin para ir adelante; los que están al otro lado del Rhin y que reciben la orden de marchar a Sajonia, pueden proveerse de víveres en el terreno que media entre el Rhin y el Elba, y los que viven más allá del Loira y tienen que ir a España, pueden tomar sus provisiones en el país comprendido entre el Loira y los Pirineos. » Este pasaje será suficiente para que comprendan los que conocen la historia cuán sin fundamento dice el padre Daniel que Carlo Magno resucitó la táctica romana. ¿Hubiera sido posible con ejércitos reclutados de aquel modo? ¿Hubiera gastado treinta y tres años en someter a los Sajones? ¿Se podían acaso introducir ejercicios regulares allí donde, concluido el término, se volvían las tropas a sus casas con sus jefes, aun dejando la empresa a medio concluir?

Tomamos de Ricotti la descripción del sistema militar de los Carolingios: « Todos los súbditos, excepto los que eran infames por naturaleza, siervos y Judíos, debían servir durante la guerra. A ella los llamaba el *bando regio* ó *eriban*, y los conducía si eran vasallos su propio señor; si eran hombres de la Iglesia, los abogados; si eran independientes, el centenario del distrito. El conde reunía aquellos diversos elementos bajo su mando, los llevaba al campo, y los gobernaba como si fuera un juez. Los soldados llevaban al ejército además de la espada y de la media espada que acostumbraban a llevar en todo tiempo, lanza, escudo, carcaj con doce saetas, arco con cuerdas y con qué vivir algunos días después de haber pasado la frontera. El que disfrutaba algún beneficio ó poseía haciendas a lo menos de doce *mansos* ó posesiones, añadía a aquellas armas yelmo y coraza. Cuando uno no podía atender a todo el gasto, se unían a voluntad del conde dos ó más para completarse a aquel de ellos que marchaba. Los pobres de solemnidad permanecían en el país para defenderle.

» La obligación del eriban terminaba a las cuarenta noches de su vuelta, y el que se marchaba antes, incurria en la pena de muerte y confiscación de bienes. El castigo que sufrían los vasallos que faltaban a la fidelidad ó a sus promesas, según los casos, era perder el beneficio ó llevar a presencia del ejército, si eran legos, un perro ó una silla, y si eran clérigos, un libro. Respecto de los otros súbditos que

contravenían á lo establecido, se les imponían diversos castigos, segun la necesidad de los tiempos. Carlo Magno al principio estableció multas de 5, 10, 30 ó 60 sueldos, segun que el reo poseía 1 franco, 2, 3, ó 6, en muebles; en los muebles no se comprendían los vestidos de la mujer ni de los hijos. Posteriormente creciendo por una parte la necesidad y por otra las contravenciones, determinó que los contraventores pagasen la multa entera del eriban, ó sea de 60 sueldos, y además que quedasen esclavos hasta que la pagasen; si bien la culpa de los padres que morían en tal estado no perjudicaba á la libertad ni á la herencia de los hijos. No mucho despues Lotario decretó el destierro y la confiscacion contra los desobedientes, y hasta el último suplicio en caso de que el enemigo hubiese entrado en el reino y le devastase.

» Los comisionados regios, llamados *eribadores*, recogían estas multas por las provincias, en oro, plata, bueyes, armas y caballos; el conde percibía la tercera parte de ellas, pero tenía que pagar tantas multas al fisco como hombres había dejado por malicia ó por descuido. Podía sin embargo dejar dos en su casa para que guardasen á su mujer é igual número para que custodiasen sus tierras. Á los obispos y monasterios, excepto en el caso de dispensa especial, no se les concedía mas hombres que sus propios abogados.

» Podían seguir al ejército dos ó tres obispos sin armas á fin de administrar los sacramentos y bendecir al pueblo, estando prohibido que fuese un clérigo por capitulares y concilios. Sin embargo, en esto prevaleció el uso contrario á la ley, y con tanta mayor fuerza cuanto mas autorizado estaba el uso por la necesidad. Gran parte del poder temporal había caído en manos de los eclesiásticos: ¿cómo, pues, hubieran podido sostenerle y disfrutar de él sin recursos temporales? Se veía á los obispos y abades ponerse el yelmo y la coraza y capitancar lanza empuñada á los habitantes de las tierras y señoríos adquiridos recientemente y cedidos por la piedad de un particular ó por la munificencia de un príncipe. El mismo Carlo Magno, bajo el pretexto de combatir á los infieles, quebrantó su propia ley, y los reyes siguientes convirtieron el permiso en orden.

» Detrás del ejército iban comerciantes en armas y vestidos. Durante el camino los colonos de la corona proporcionaban los carros, los de los vasallos los bueyes, los hombres del país la paja y el heno, y algunas quintas lo demas. Se sacaban armas y caballos, á título de donativo anual, de los monasterios y otros lugares que disfrutaban de inmunidad.

Todas estas noticias, sacadas de hechos y leyes de diversos tiempos y príncipes, se hallan resumidas en el siguiente bando de guerra publicado contra los Sarracenos por el emperador Ludovico II en 866:

« El que tiene el *guidrigildo* integro de sus

» muebles, debe ir al ejército; el que no lo tiene, únase á otros para enviar una tercera parte; el que posee el valor de diez sueldos, custodie el país y la marina, y no se pida nada al que posee ménos. De un padre y un hijo debe partir el mas hábil y quedarse el otro; de dos ó mas hijos debe quedarse con su padre el ménos apto; lo mismo se hará en el caso en que estén reunidos tres ó mas hermanos; pero si fueren dos, deben marchar ambos. Nadie mas que el conde, ni aun el obispo, puede dejar en su casa tres hombres, uno para que guarde su casa y dos con la mujer. Al que falte á esta prescripción, le serán quitadas las tierras y las casas. Si el conde contraviene, perderá el honor con los bienes; si contravienen sus ministros, serán despojados de sus bienes y del *ministerio*. Se enviarán á todas las provincias comisionados regios, legos y eclesiásticos para castigar á los culpados, defender las tierras y guardar las poblaciones aun cuando no se haga la guerra. Aquellos de nuestros vasallos, obispos, abades y abadesas que hallándose en fermos no nos pidan licencia ó no envíen el número de hombres señalado, perderán el honor, y sus vasallos los bienes y el beneficio. El obispo que se quede por negligencia, incurrirá en la pena de permanecer cuidando las fronteras hasta que vuelva el ejército. Y como queremos á todo trance llevar á cabo esta expedición, mandamos que los condes y vasallos juren personalmente y los prelados por medio de sus comisionados, que si faltan, ha sido por verdadera enfermedad.

» Todos deben llevar vestidos para un año y recursos para seis meses. Las venganzas particulares, el destruir las iglesias, el incendio, el adulterio y el homicidio se castigarán con la pena de muerte en estos dias próximos á la santa cuaresma. Los ladrones, si son hombres libres, pagarán triple valor de los objetos robados, llevarán la silla á la espalda y estarán en prisión el tiempo que nos parezca; si son esclavos, se les cortará el pelo y azotará, teniendo obligación su amo de compensar el robo. El señor que descuide castigar á su vasallo por los daños que este hubiere hecho, los satisfará de sus bienes y llevará la silla. Los víveres se comprarán en el camino á dinero contante, lo mismo que en tiempo de paz entre vecinos.

» Empezaremos el viaje con el ejército italiano por Rávena, de modo que en marzo lleguemos á las orillas del rio Pescara. Los de Toscana con los demas por el camino de Roma, Pontecorvo, Capua y Benevento irán á encontrarse en Lucera el 25 de dicho mes.

Las largas guerras que Carlos llevó á apartados países, hicieron en extremo gravosa la obligación del eriban, por lo cual los Carlovíngios tuvieron que multiplicar las penas contra los que se sustraían á él; los que no podían atender á aquellos grandes gastos se unían de

dos en dos, ó de tres en tres ó mas para sostener al que marchaba; pero algunos evitaban esta obligación matando á sus compañeros, otros fingiendo haber vendido sus bienes, haciéndose clérigos ó poniendo su persona y hacienda bajo la dependencia de algun señor lego ó eclesiástico.

Aumentábase considerablemente el valor de los beneficios militares, es decir, de los feudos, que eran tierras cedidas con la obligación principal de hacer la guerra por un tiempo dado y con un número determinado de hombres. Ningun adelanto podia esperarse en el arte bajo el régimen feudal, en aquella division de la soberanía, contraria á todos los métodos de guerra fundados en la observacion y en la reflexion. En las incesantes guerras de pueblo á pueblo se ejercitaba el valor personal, pero sin arte; pues este consistía solo en reforzar las armaduras, dar los golpes acertadamente y resguardarse con los caballos detras de una trinchera de villanos de á pié bien armados y destinados á caer bajo las espadas, las hachas y la lanza del caballero. Entonces la caballería no se dirigía á su propio objeto, es decir á la celeridad, sino que era una máquina para hacer fuerza. La ligera que se estableció despues, no estaba bien ejercitada ni bien dirigida, careciendo de la fuerza de union que tienen nuestros escuadrones y de la fuerza individual de los caballeros armados de punta en blanco, y maniobraba como la de los Tártaros y Cosacos.

Por esto pudieron arrasarse de nuevo la Europa los Húngaros y Normandos, aquellos en sus veloces caballos, estos en sus ligeras naves. Los Húngaros eran caballería ligera, como los Cosacos, dividida en pelotones, la cual destruía el país, sin cuidarse de guardar la espalda, ni llevar víveres; y cuando encontraba un enemigo superior en su camino, lejos de retirarse pasaban adelante con presteza, é iban á saquearle por la espalda.

§ 36. CON LOS COMUNES PRINCIPIA Á DARSE MEJOR DIRECCION AL ARTE DE LA GUERRA.

Pero aquí terminó la decadencia. Para oponerse á ellos, se sintió la necesidad de fortificar los viejos castillos y las casas de campo, y preparar las armas para la defensa. Posteriormente cuando los Normandos se fijaron en Francia, en Italia y en Inglaterra, perfeccionaron los órdenes militares de sus ejércitos, modificando el sistema feudal, tan á propósito para la defensa como extraño á las expediciones de conquista.

Las primeras cruzadas fueron, ó empresas tumultuarias de devotos guiados por hombres que llevaban por única provision su confianza en los milagros, ó esfuerzos parciales de una multitud de señores que mandaban á sus dependientes del mejor modo posible. No tenían pensado de antemano un designio grandioso,

sino que de una empresa pasaban á otra, atendiéndole únicamente á librar el santo sepulcro. En las sucesivas los mismos reyes capitanearon las expediciones, y entonces se adoptó un método mejor; se pensó algun tanto en las subsistencias, se introdujo una serie de dependencias, se dispusieron mejor los asedios; en el largo tiempo que permanecieron las tropas sobre las armas, aprendieron á obedecer y á vivir en el campo, y se dispusieron planes estratégicos cual fué, por ejemplo, la ocupacion del Egipto. Ya hemos dicho en la Narracion las razones que hicieron fracasar aquellas empresas y sus efectos. Por lo que respecta á la guerra, entonces se vió ciertamente un orden mejor dispuesto en los ejércitos, debido á la institucion de los Comunes, la cual, si no producida, fué á lo ménos impulsada por las Cruzadas.

Al lado de la vida del castillo, donde estaban encerrados los barones en medio de sus guerreros, para bajar de él á devastar el campo y atacar á su rival, nació el Comun de los ciudadanos que oponían la fuerza de muchos á la de uno solo. Al establecer esta organizacion, debieron proporcionarse armas para su defensa, y entonces aparecieron las milicias comunales.

Era la reaccion de los peones contra los caballeros, del hombre libre contra el tirano. Los Enriquez y Federicos bajaron á Italia con los caballeros francos, sajones, suevos, ejércitos feudales, y sin embargo fueron vencidos por las tropas improvisadas de nuestras repúblicas. Estas se componían de hombres dedicados libremente á las artes y oficios y que solo de cuando en cuando hacían algun ejercicio, distinto enteramente de las teatrales y complicadas evoluciones que hoy se han adoptado como necesarias; pero tiraban al blanco y se acostumbraban á la armadura. En las ciudades libres la division de los barrios servía para reunir á la milicia. Entre los ciudadanos mejor acomodados se veían los caballeros que formaban una ó dos compañías; seguían á estas otros dos cuerpos de ballesteros y de infantería pesada que llevaban paves, casco y lanza. Los demas ciudadanos desde 18 á 60 años que estaban divididos en compañías y armados de espada y lanza, debían hallarse en la plaza de armas de su barrio al toque de campana. Los cónsules tenían el mando supremo y estaban á sus órdenes los capitanes de barrio, el gonfalonero y el capitán de cada compañía. Su único orden era combatir, su única regla no separarse de la bandera. En Florencia despues de publicada la guerra y un mes ántes que se pudiese en marcha el ejército, se tocaba continuamente una campana; y cuando marchaban, la ponían en un castillo de madera sobre un carro y al toque de ella se conducía al ejército. Otros ponían á la puerta de la ciudad una luz, y antes que se apagase se debía estar sobre las armas (1).

(1) G. VILLANI, VI, 76; VII, 437.